

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Yacabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Ni Dios, ni amo.

CUENTO PARA CHICOS Y GRANDES.

(Conclusion).

IV.

Babia es un pueblo hecho para los adelantos modernos.

Y sucedió que una mañana se levantaron las pocas beatas, que como recuerdos prehistóricos quedaban en el reino, y se hallaron con los templos cerrados y en las puertas una inscripcion concebida en los siguientes términos:

«ALMACEN PARA ALQUILAR.»

Escandalizada una de ellas se estaba haciendo veinticinco cruces cuando cierto babieca civilizado le asestó la bofetada del siglo, al mismo tiempo que gritaba:

—Viva la libertad!

D. Nonito que reventaba de gozo, como queda dicho, viendo triunfantes sus ideales, aunque no tenia dotes de orador, echose á discursar en la plaza pública.

Y qué lindezas salian de su boca! Un día tuvo la peregrina ocurrencia de desafiar á Dios, diciéndole que si existia lo matase en cinco minutos; porque si no le mataba, diria que era una impostura inventada por los curas gandules, para hacer su negocio.

Y Dios no lo mató. La prueba fué para los babiecas de lo mas concluyente.

Con una carga de laureles regresaba á su casa, cuando en una de las calles mas concurridas se le acerca un filósofo de su escuela y le dice:

—Necesito tu reloj.

Y le mete bonitamente la mano en el bolsillo, saca la alhaja sin desprenderla de la gruesa cadena de oro, y se marcha tan campante.

—Hasta la otra, ciudadano.

Nonito no habia vuelto de su asombro cuando oyó una carcajada en lo mas hondo de su pecho.

Maldita conciencial pues no le estaba diciendo:

—Puesto que no hay Dios, no hay pro-

piedad; y cada cual toma donde lo halla lo que le hace falta.

Nonito se recogió descontento de las audacias de la civilización, y la conciencia lo acompañó á su casa riéndose como chiquillo mal educado.

Mientras tanto, el del reloj, examinan-do la alhaja con unos amigos, repetía:

—Ay, qué gusto! Eso de la libertad es Jauja, pura Jauja!

V.

Se pasaron pocos meses, porque cuando el pueblo se civiliza anda que vuela.

En Babia no quedaba templo por derribar, ni se hallaba un sacerdote para un remedio.

Ni en broma se nombraba á Dios.

Vamos; era todo un pueblo filósofo aquel pueblo babieca.

El ciudadano Nonito debía estar en sus glorias; pero sea que la conciencia se le había vuelto loca, siempre ríe que te ríe; sea lo que se quiera, lo cierto es que nuestro hombre andaba mas caviloso de lo natural.

Es que dió en la manía de fabricar, para uso de los propietarios, un Dios que fuera á un tiempo perro de presa para custodiar los palacios y guarda-bosque para guardar las haciendas.

Pero de las retortas y alambiques de su imaginación no salía cosa de provecho. Vaya V. á dedicarse á trabajos serios, cuando suena en sus oídos día y noche una carcajada.....

Mientras tanto los babiecas sacaban la última consecuencia del gran descubrimiento filosófico del ciudadano Nonito Sacarnat.

Bueno que hubiera ricos y pobres cuando había Dios; pero desde el momento que no existía el Remunerador eterno de las virtudes y sufrimientos, natural era que el pueblo se regodease en esta vida.

Bueno que hubiera perseguidos y perseguidores en los tiempos de Dios, porque indefectiblemente tenía que llegar la hora de la justicia; pero desde que Dios no existía, era natural que el pueblo se la tomara por su mano.

Bueno que existieran derechos y deberes cuando había Dios; pero desde que Dios hubo dejado de ser, el único derecho era el de la fuerza.

Con estos principios, repito, se sacó una consecuencia que hizo exclamar al ciudadano Sacarnat ¡á Dios mi dinero! Y fué que el pueblo triunfante gritaba:

—La propiedad es un robo.

Aquel mismo día los colonos de Nonito se repartieron las haciendas del filósofo y las amojonaron convenientemente.

Nuestro hombre quiso hacer valer sus derechos, y los nuevos propietarios saltaron la carcajada.

—Bastante lo has gozado tú.

Uno de ellos, presentándole un azadon, le dijo:

—Y á trabajar gandul.

Loco de ira y despecho se encaminó á su palacio.

Las puertas estaban abiertas de par en par, y en ellas había en gruesos caracteres esta inscripción:

«Edificio nacional para recreo de los Babiecas.

SE DAN GRATIS LECCIONES DE ATEISMO.»

Nonito, hecho un poste, se quedó con los ojos fijos en aquel letrero.

Era tan morrocotudo lo que le pasaba, que había para volver loco, no digo á un filósofo como él, sino á los mismos guarda-cantones de la puerta.

Pero la conciencia, siempre provocadora, le decía:

—A que no entras....

Sacarnat impelido de la negra honrilla penetró en el edificio; subió las lujosas escaleras, oyó una barahunda de mil demonios en el estrado, y se encaminó allí.

Estaba el salón hecho un huevo, y encaramado sobre uno de los muebles más lujosos un antiguo criado de Nonito peroraba á la muchedumbre civilizada, que aplaudía á rabiar.

Al entrar nuestro personaje, el orador concluía su perorata con estas palabras:

—Babiecas; ni Dios, ni amo!

Y divisando á Sacarnat en el quicio de la puerta, añadió:

—No es verdad, ciudadano Nonito?

Los circunstantes, dando media vuelta sobre sus talones, clavaron los ojos en el aludido, y tan cómica les parecería su figura, que todos á una soltaron la carcajada.

Y lo malo no fué que se rieran aquellos groseros babiecas, indignos de la civilización que gozaban, sino que hiciera coro con ellos la endiablada conciencia, que como cantándole el trágala le decía:

—Mira tú que Dios gasta unas bromitas....

J. P.

La balanza.

I.

El espíritu de las tinieblas erraba por la atmósfera de nuestro globo, contemplando las vanidades humanas de nuestro siglo.

¿Cuántos son, decía, los que desprecian estas vanidades? Reunidos todos los del universo, no llenarían uno de los salones del palacio Real de España. ¿Dónde se encuentran esos actos de virtud cristiana?

Apenas se conocen, aislados y perdidos entre la multitud de actos inspirados por la vanidad. Reúnanse y pénsense juntas las acciones de los justos del universo entero, las del pasado y las del presente: su peso no igualará nunca al de las vanidades de un solo día de una ciudad de las menos importantes.

Un espíritu de luz se presentó delante del de las tinieblas.

—Vengo, le dijo, á proponerte una lucha. Tu acumularás en uno de los platos de la balanza cuantas vanidades quieras; yo buscaré un contrapeso, y si consigo que incline la balanza, seré vencedor.

—Acepto, contestó el príncipe de las tinieblas; reuniré toda mi corte para que presencie tu derrota. Conozco, añadió, un sitio apropiado para la lucha. Al Sur de la Siberia existe un vasto país ignorado de los viajeros. Inaccesibles montañas le circundan. Algunos de mis súbditos arrojados de Europa y América han encontrado allí un refugio, donde no se ven molestados ni con las letanías de los misioneros, ni con las lamentaciones jere-

míarcas de las almas que creen ser buenas. ¿Te conviene este sitio?

—Sea, contestó el espíritu de la luz; vamos á esa comarca.

II.

Satanás se equivocaba al decir que aquel país no era conocido de ningún viajero. Yo acababa de llegar á él después de haber atravesado en un globo diferentes países de Europa. Los animales que lo habitaban, que todavía no conocían la malicia del género humano, me recibieron con amabilidad y gran cortesía. En una espaciosa caverna encontré donde hospedarme, y colocar todos mis instrumentos y equipajes. El más precioso era un par de anteojos que me había regalado un jefe indio, al que había tenido ocasión de prestar un gran servicio humanitario. Con aquellos anteojos especialísimos, distinguía y discernía los espíritus. Hace ya algún tiempo que no los poseo; un escrupulo de conciencia me impulsó á romperlos. No me he arrepentido de haberlo hecho; me servi de ellos algunos meses, y cambió por completo mi carácter, convirtiéndome en misántropo. Pudiera contar cosas curiosas, conocidas por mí, con ayuda de aquellos especiales anteojos. Tal vez las daré á conocer al público cuando hayan trascurrido algunos años. En la actualidad, tal publicación sería causa de grandes escándalos, destruiría la reputación de muchos personajes que gozan del favor popular, y no creo conveniente derribar esos ídolos: es un placer que se reserva el pueblo, cuando por un capricho cualquiera se causa de ellos, y como los niños cambia de juguetes.

III.

Estaba sentado delante de la caverna donde me había instalado, cuando el espíritu de la luz y el príncipe de la actual sociedad, descendieron en aquella comarca. Al verme allí Satanás, quedó sorprendido, y me examinó detenidamente.

—He temido, dijo, que fuera un misionero; pero por los instrumentos de que viene provisto comprendo que es un sábio naturalista. Estos no son temibles; no combaten la misión de los demonios; por el contrario, muchos de ellos son, con sus doctrinas, sus mejores auxiliares.

No describiré este personaje, por la sencilla razón de que no encuentro términos en ningún idioma—y poseo más de sesenta—para expresar la repugnante expresión, la fealdad de aquel que fué el más hermoso de los serafines.

Tampoco me creo con fuerzas para describir la belleza del espíritu de la luz. Únicamente diré, que al verle me sentí dispuesto á cambiar una prolongada existencia de goces en este mundo terrenal, por contemplar cinco minutos aquel espíritu angelical. Merced á su presencia, pude soportar sin desfallecer el horroroso aspecto de Satanás.

—Conforme te he prevenido, dijo el príncipe de las tinieblas, voy á convocar la corte infernal, para que presencie mi triunfo y celebre tu derrota, espíritu temerario, que te atreves á concebir la esperanza de presentar un contrapeso capaz de hacer inclinar el plato de la balanza, donde voy á acumular las vanidades de la actual sociedad.

IV.

Ignoro qué medios empleó Satanás

para convocar la corte infernal, pero lo cierto es que uno tras otro vi aparecer todos los dignatarios de ella. Un demonio de la servidumbre de uno de los grandes magnates que yo tenia sujeto, merced á los anteojos del jefe indio, me dió á conocer á los principales. Debo advertir al lector, que por mi parte no doy completo crédito á las confidencias de aquel espíritu de la mentira.

Me señaló primero á Belcebú, señor de los espías, príncipe de los demonios, el primer dignatario de la corte infernal despuesde Sátanas. Este célebre diablo, alto como una montaña, tomó asiento en un inmenso trono, en la parte de la atmósfera, á mi izquierda. Cíñe su frente una cinta de fuego: su semblante es negro y su aspecto amenazador. Lleva alas de murciélago y una lanza de fuego en la mano.

A sus costados tomaron asiento el príncipe de la muerte, dejando ver sus agudos dientes y las repugnantes úlceras que cubrian su cuerpo; y el príncipe de las lágrimas, demonio horroroso, cubierto de lloros de padres y madres, y sangre de los inocentes niños.

A estos seguian colocados, segun su dignidad, Plutón, príncipe del fuego; el gran negro, maestro de los conventuculos; el representante de los venerables H. de la masoneria, diablo taciturno y melancólico; Proserpina, princesa de los espíritus malignos; Adrameuleck, gran canciller; Astaroh, gran tesorero; Vergal, jefe de la policia secreta; Baal, general en jefe de los ejércitos infernales; Leviatahan, gran almirante; Belfegor, embajador en Francia; Belial, embajador

en Turquía; Rimmon, en Rusia; Tamus, en España; Ugtin, en Italia; y Martinet, en Suiza.

Detrás de la corte habia multitud de jefes subalternos, lacayos, guardias, etcétera, etc. Una profunda oscuridad rodeaba y envolvía aquellos tenebrosos personajes. Únicamente, rayos rojos y verdes, que de vez en cuando brillaban en la venda de fuego de Belcebú, permitia distinguir los objetos en el sitio ocupado por la cohorte infernal.

Frente al sitio donde me encontraba, una potencia invisible sostenia la balanza. Sus platos median tres kilómetros.

V.

Satanás dió sus órdenes, y de todas las comarcas de la tierra, los demonios trajeron las vanidades para depositarlas en uno de los platos de la balanza. ¡Aquello era un maravilloso espectáculo!

De Oriente, de Occidente, del Norte y del Sur, llegaban caravanas cargadas de objetos de lujo, comprendidos en ellos lacayos, camareros, perros, caballos de lujo, monos, etc., etc. Los demonios lo iban haciendo todo, conforme se recibia, en el plato de la balanza.

Durante tres horas, el sol quedó cubierto por el paso de las cabelleras positizas y los abultadores polisonos y colorete de las mujeres de Europa; un prolongado sonido por objetos que caian sobre el platillo llamó mi atencion: observé qué le producía, y ví que eran millones de dentaduras artificiales. Un terrible huracan me obligó á tenderme en tierra y asirme al tronco del *sibilismo*, especie de el enforbio, con que se

hacen excelentes salsas oportunistas. El espíritu que yo tenía sujeto, me dijo que aquella tempestad no era mas que olas de palabras que carecian de sentido. Un demonio las reunió y las colocó en la balanza. Poco despues, llegaron gran número de camellos cargados con odres, que contenian el sudor de los sábios ocupados en buscar argumentos para combatir la intervencion de Dios en este mundo: todas las odres venian adornadas con las condecoraciones ganadas en este trabajo, y con las aprobaciones y aplausos de las Academias científicas, que se dicen ilustradas. Otros camellos conducian los sesos de los mas nombrados filósofos del siglo XIX. El espíritu encadenado, al verlos, hizo una mueca. —«Eso no tiene peso», dijo.

Otro cargamento, traído por los demonios, no pudo menos de hacerme reír; se componia de oraciones de las almas orgullosas. Otros demonios llegaron á la vez encorcovados por el peso de su cargamento: lo componian los males sufridos voluntariamente por adquirir bienes temporales, etc., etc.

No terminaria si hubiese de detallar todos los objetos que se colocaron en el plato de la balanza: el mundo debió quedar desolado aquel dia, al verse despojado de lo que adora la actual sociedad.

La córte infernal no parecia tomar gran interés en el grandioso espectáculo de las vanidades que se iban acumulando en la balanza; la mayoría de los dignatarios de Satanás lo presenciaron distraídos. Belcebú bostezaba. La aspiracion y respiracion de los bostezos de los príncipes de las tinieblas, produjeron

graves perturbaciones atmosféricas en Asia y en el Océano.

—Creo, dijo Belcebú, que el plato está suficientemente cargado, el de nuestro rival no tiene todavia objeto alguno. ¿Pretenderá acaso burlarse de nosotros?

VI.

En una pequeña aldea, situada á inmensa distancia de aquella lejana comarca, en una de las provincias de la fértil España, habitaba una anciana, á la que no quedaba otra cosa para atender á su subsistencia mas que un pequeño panecillo. Llamaron á la puerta de su casa. Apresuróse á abrir la buena mujer, y un mendigo se presentó ante ella.

—«¡Una limosna por el amor de Dios!»
—«¡Dia feliz! dijo para sí la anciana. ¡Dios me visita!»

Porque tenia por costumbre considerar á los pobres como á enviados de Nuestro Señor Jesucristo.

Tomando el panecillo, hizo de él dos partes.

—Partamos, dijo, dando la una al mendigo; y en vuestras oraciones acordaos de esta anciana.

El pobre tomo el pan, lo besó, y al retirarse hizo la señal de la cruz sobre el miserable albergue de aquella.

El mendigo continuo su camino, y andando iba comiendo el pan que con tan buena voluntad le habia dada la anciana: una migaja cayó en tierra: esta fué recogida por el Angel de su guarda y entregada al Angel de la luz. Es depositó sobre el platillo de la balanza su peso fué mayor que el de todas las vanidades acumuladas por Satanás en el otro platillo.

El espíritu de las tinieblas se dió por vencido, y desapareció con Belcebú y toda la cohorte infernal.

El Angel se elevó llevando consigo la migaja de pan; y un espíritu que no parecía venir del cielo ni del infierno, que no tenía nada de la vida ni de la muerte, apareció, reunió todas las vanidades, y se marchó con su botín: era el espíritu del polvo, de la nada.

Cristianos lectores, cuando veais un pedazo de pan en la mano de un mendigo, miradlo con respeto. Existe una cosa mas preciosa, de mas valor que las vanidades, tras las que la actual sociedad corre, consumiendo su existencia: ese pan marcado con el sello de la caridad será presentado á Dios en el día del juicio, por el Angel guardian de aquel que habrá dado con alegría y humildad limosna al pobre de Jesucristo.

A. D.

NOTICIAS.

Hecho prodigioso.

De nuestro querido colega el *Semanario de Figueras* tomamos la siguiente relación:

«¡Bendito sea el corazón de Jesús! ¡Gloria á la Virgen de Lourdes!

»Un hecho extraordinario ha acontecido en esta villa, objeto de la estúpida burla del impío y de grande consuelo y alegría para el noble y el humilde de la parte del pueblo creyente.

»Es el caso que una anciana mujer llamada *Mariana Torró*, impedida casi para andar, de tal suerte que á duras penas podía dar un paso, y los pasos que

daba eran tan inseguros que una pequeña piedrecita ó un pequeño hoyo en que pusiera sus piés, la hacían gemir y la ponían en un inminente peligro de caer,—y esto es en esta villa del dominio público y nadie se atrevería á negarlo, ni aún entré los mismos partidarios del apóstata y renegado Gabarró,—esta dichosa y cristiana mujer, con grandísima confianza en la Virgen de Lourdes y con un fervor inusitado, bebió del agua que brotó milagrosamente en la Gruta, agua que le trajo á esa buena mujer una sobrina suya que fué á Lourdes en la última y entusiasta romería y ¡oh prodigio divino! luego de haber bebido el último sorbo, sintió renovado todo su sér de tal manera, que fuera de sí de alegría y llorando de satisfacción, púsose á andar, qué digo andar, púsose á correr por la casa y por la huerta de la casa en medio del asombro de todos. Los parientes y allegados y vecinos en los primeros momentos le decían si se había vuelto loca, y ella no daba otra respuesta que andar y mas andar y correr y mas correr.

»En este momento esta piadosa mujer, que es parienta mía, con lágrimas en los ojos, me acaba de contar el hecho extraordinario, y para que éste entrase por mis ojos se ha puesto á andar y á correr en mi presencia. Yo tenía noticia de su enfermedad. ¡Bendito sea mil veces el Sagrado Corazón de Jesús! ¡Gloria sin fin á la Inmaculada de Lourdes!

»Soy de usted, señor Director, todo suyo *in cordibus Jesu et Mariæ Immaculatae*.

»BENITO TORRÓ, PERO.

»Malgrat, 9 de Setiembre de 1887.»

Muestras de afecto.—Su Santidad se ha dignado conceder al duque de Norfolk las insignias de la Gran Cruz de la Orden de Cristo. También ha ordenado al doctor Ceccarelli, consejero municipal en Roma, que prepare el lazareto pontifical para recibir á los peregrinos enfermos que vayan á Roma en el próximo Jubileo. Este establecimiento está á la altura de los mejores de su clase, y se inauguró cuando el cólera causaba grandes estragos en Italia.

Hermoso ejemplo.—Leemos en el *Osservatore Romano* que los Diputados de la República del Ecuador han votado por unanimidad un crédito importante para ofrecer al Papa, en nombre de su país, un recuerdo en su Jubileo Sacerdotal. Este acto, que también se han apresurado á imitar los Estados Unidos de Colombia, manifiesta la profunda veneración y respeto que se tiene al Soberano Pontífice en aquellas remotas regiones, centros de orden y de verdadera libertad.

Próximos sucesos.—Las negociaciones entabladas para restablecer las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede é Inglaterra siguen un curso muy satisfactorio, y no está lejano el día que se terminen felizmente para los intereses religiosos de tantos millones de súbditos católicos del imperio británico.

Es probable que el consistorio anunciado para las fiestas del Jubileo sacerdotal de Su Santidad tenga lugar en estos meses, y en él se crearán varios Cardenales.

Honor al mérito.—El día 8 del corriente se inauguró con gran solemnidad en Orense la estatua erigida por aquella provincia al mas ilustre de sus hijos, el Rdo. P. Feijóo, creador de la crítica en el siglo XVIII. Con tal motivo, la Comisión encargada de honrar la memoria de dicho sabio benedictino ha celebrado lucidos y magníficos festejos.

En los primeros días del mes próximo de Octubre tendrá lugar en Talavera de la Reina la inauguración del monumento que por suscripción nacional se ha erigido en dicha localidad á la memoria del ilustre hijo de la misma, el insigne historiador Rdo. P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús.

Conversion.—El día 3 del corriente se celebró en la capilla del Palacio episcopal de Oviedo la consoladora ceremonia de abjurar sus errores religiosos y profesar la fé católica el jóven protestante D. Armando Willen y Poldarman, natural de Spaerdán (Holanda)

Colección

DE

Sermones, homilias y panegíricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.